

de ellas de trescientos hombres. También enviaron á Salerno y á Buxento. Los triunviros encargados de su establecimiento fueron T. Sempronio Longo, cónsul entonces, M. Servilio y Q. Minucio Thermó. Distribuyéronles un territorio que había pertenecido á los campanios. Siponto recibió también una colonia romana, que quedó establecida en un territorio de los arpinos por los triunviros D. Junio Bruto, M. Bebio Tamfilo y M. Helvio. Lo mismo se verificó con las ciudades de Tempsa y Crotona. El territorio de Tempsa había sido tomado á los brucios, que arrojaron á los griegos. Crotona la habitaban los griegos aún. Los triunviros Cn. Octavio, L. Emilio Paulo y C. Pletorio vigilaron el establecimiento de Crotona: L. Cornelio, Merula, y C. Salonio, el de Tempsa. También ocurrieron prodigios este año; unos en Roma y otros de que se tuvo noticia. En el Foro, en el Comicio y en el Capitolio aparecieron gotas de sangre; viéronse frecuentes lluvias de tierra é inflamada la cabeza de Vulcano. Dióse cuenta de que las aguas del Nar se habían trocado en leche; en Ariminio, algunos niños de condición libre habían nacido sin ojos ni nariz; en el Piceno había nacido otro sin manos ni pies. Por orden de los pontífices se expiaron estos prodigios, ofreciéndose también un sacrificio novendial, porque los habitantes de Adria habían participado que había caído en su comarca una lluvia de piedras.

En la Galia, el procónsul L. Valerio Flaco libró batalla cerca de Milán á los galos insubrios y á los boyos, quienes, al mando de Dorulaco, habían atravesado el Pó para sublevar á los insubrios. Matóles diez mil hombres. Por este tiempo, su colega Catón triunfó de la España, haciendo llevar delante de él veinticinco mil libras de plata en lingotes, ciento veintitrés mil en monedas con el cuño de la biga, quinientas cuarenta de plata de Osca y mil cuatrocientas de oro. Distribuyó del bo-

tin doscientos setenta ases á cada soldado y triple cantidad á cada caballero. Cuando llegó á su provincia el cónsul T. Sempronio, llevó primeramente sus legiones al territorio de los boyos. Boiorix, rey de aquella nación, secundado por sus dos hermanos, había hecho tomar las armas á todos los boyos, y acampaba en la llanura para demostrar que estaba dispuesto á combatir si los romanos entraban en la comarca. Enterado el cónsul del número de sus enemigos y de la confianza que les animaba, envió un mensajero á su colega, rogándole que acudiese en seguida á ayudarle, diciéndole que procuraría dilatar las cosas hasta su llegada. Los motivos que impulsaban al cónsul para diferir, llevaban por el contrario á los galos á precipitar el combate; excitábanles además las lentitudes de sus enemigos, y querían terminar antes de la reunión de los dos ejércitos consulares. Sin embargo, los dos primeros días se contentaron con permanecer en batalla, dispuestos á pelear si el cónsul salía de su campamento; el tercer día avanzaron hasta las empalizadas y dieron un asalto general. Sempronio se apresuró á hacer tomar las armas á sus soldados; y cuando estuvieron armados, les retuvo algún tiempo en sus líneas, con objeto de aumentar la ciega confianza del enemigo, y preparar sus diferentes cuerpos para una salida. Dos legiones recibieron orden de salir por las dos puertas principales. Pero en el mismo instante en que ejercitaban el movimiento, encontraron cerradas las salidas por los galos, que se precipitaban en masa. Por largo tiempo se combatió en estrecho espacio, no solamente con las espadas, sino escudo contra escudo, cuerpo contra cuerpo; procurando rechazarse, los romanos para salir del campamento, los galos para entrar en él, ó al menos para impedir la salida á los romanos. Ninguno de los dos bandos quería ceder el terreno, cuando un centurión del primer ma-



nípulo de la segunda legión, llamado L. Victorió, y un tribuno militar de la cuarta, llamado C. Atinio, recurrieron á un medio que muchas veces había tenido resultado en momentos críticos; arrancaron las enseñas á los signíferos y las arrojaron á las filas enemigas. Los romanos reunieron entonces todos sus esfuerzos para recuperar sus enseñas y la segunda legión consiguió franquear la primera la puerta del campamento.

Esta legión peleaba ya fuera de los parapetos y la cuarta continuaba detenida en la puerta, cuando se oyó mucho ruido en el otro extremo del campamento. Los galos habían forzado la puerta cuestoriana y dado muerte, después de vigorosa resistencia, al cuestor L. Postumio, denominado Timpano, á los prefectos de los aliados M. Atinio y P. Sempronio y á cerca de doscientos soldados. El campamento estaba tomado por aquel punto; el cónsul envió para defender la puerta cuestoriana una cohorte extraordinaria (1) que destrozó y arrojó del campamento á los enemigos que habían penetrado ya en su recinto y rechazó á los que trataban de reunirseles. Al mismo tiempo la cuarta legión conseguía también abrirse paso con dos cohortes extraordinarias, y de esta manera había tres combates simultáneos en derredor del campamento, en puntos diferentes, y los confusos gritos que llegaban á los oídos de los soldados separaban su atención del enemigo que tenían delante, para fijarla en sus compañeros, cuya suerte ignoraban. Hasta medio día permanecieron iguales las fuerzas de los dos bandos, siendo casi las mismas sus esperanzas. Pero el cansancio y el calor abru-

(1) Los cuerpos de tropas designados con la palabra extraordinarios, los formaban soldados cumplidos y servían como voluntarios. Elegíaseles entre los aliados. Llamábaseles extraordinarios porque acampaban separadamente, delante de la tienda del general, y en la batalla combatían cerca de él.

maban los bláidos y flojos cuerpos de los galos, que, devorados por abrasadora sed, abandonaron el campo de batalla, y el corto número de ellos que quedó cedió muy pronto ante un avance impetuoso de los romanos y huyó á su campamento. Entonces mandó el cónsul tocar retirada, retrocediendo la mayor parte de los soldados al oír la señal; pero algunos, arrastrados por su ardor y esperando apoderarse del campamento enemigo, les persiguieron hasta sus parapetos. Su escaso número tranquilizó á los galos, que hicieron una salida general, rechazaron á los romanos y les obligaron á volver á su campamento, más obedientes al miedo que lo habían sido á las órdenes del cónsul. Así, pues, los dos ejércitos habían sido sucesivamente victoriosos y derrotados. Los galos habían perdido once mil hombres, y los romanos cinco mil. Los galos se retiraron al interior del país.

El cónsul llevó sus legiones á Placencia. Según algunos historiadores, después de reunirse Escipión con su colega, recorrió el país de los boyos y de los ligurios, talándolos hasta que los bosques y los pantanos le cerraron el paso. Según otros, no se distinguió por ninguna hazaña y regresó á Roma para los comicios. En este mismo año, T. Quincecio, que había llevado las tropas á sus cuarteles de Elacia, pasó allí todo el invierno, ocupado en administrar justicia y reformar los abusos que Filippo ó sus prefectos habían introducido en las ciudades para aumentar la influencia de los partidarios de Macedonia, y destruir los privilegios y la libertad de sus adversarios. Al comenzar la primavera marchó á Corinto, donde estaba convocada una asamblea general. Allí se reunieron en derredor suyo los legados de todas las ciudades, y les habló, comenzando por recordar los primeros tratados de alianza que habían unido á Roma con Grecia, las hazañas de los generales que le prece-



dían en Macedonia y lo que él mismo había hecho. Con profunda aprobación recibieron sus palabras, exceptuando sin embargo cuando se trató de Nabis, considerando que era poco conveniente al libertador de la Grecia haber dejado un tirano, que no solamente pesaba sobre su patria, sino que inspiraba también terror á todos los estados vecinos, adherido, como gusano roedor, á la ciudad griega más ilustre.

No ignoraba Quincio aquella disposición de los ánimos por lo que manifestó que si no hubiese temido sacrificar Lacedemonia, no habría prestado oídos á las proposiciones del tirano; pero que convencido de no poder aplastarle sin causar á la vez la total ruina de la gran ciudad, había preferido dejar subsistir á Nabis, después de debilitarle y quitarle todos los medios de hacer daño, á emplear para la salvación de la ciudad remedios demasiado violentos, á riesgo de verla sucumbir en medio del trabajo mismo de su liberación. A estos recuerdos del pasado, añadió «que pensaba marchar á Italia y llevarse todo su ejército; que antes de diez días tendrían noticia de la evacuación de Demetriades y de Calcis; que en el momento mismo y ante sus ojos iba á entregar Acrocorinto á los aqueos, para que se comprendiese si los romanos tenían mejor fe que los etolios; que habían publicado por todas partes habían hecho mal en confiar al pueblo romano el depósito de la libertad griega, y que sacudiendo el yugo de la Macedonia, no habían hecho más que cambiar de amos. Pero aquel pueblo jamás había meditado el alcance de sus palabras ni acciones. En cuanto á los demás estados, les exhortaba á juzgar á sus amigos por los hechos y no por las palabras, á considerar bien los que merecían su confianza y aquellos de quienes debían guardarse; en fin, que usasen con prudencia de la libertad, que, contenida en justos límites, es la salvación de

los particulares y de los estados, pero llevada al exceso, degeneraba en licencia y se hacía tan insoportable á los demás como funesta á los que abusaban de ella. Era necesario conservar la concordia entre los habitantes principales y órdenes diversos de cada ciudad, como entre los estados de la liga. Contra su unión serían impotentes los esfuerzos de los reyes y de los tiranos. Las disensiones y turbulencias favorecían las empresas de los enemigos exteriores; porque el partido derrotado en las contiendas civiles prefería entregarse á un dueño extranjero que someterse á un conciudadano. Aquella libertad, que no debían á sus armas, sino á la generosidad de un pueblo extranjero, ellos habían de conservarla y defenderla con su vigilancia, para demostrar á los romanos que eran dignos de sus beneficios y de la libertad.»

Estos consejos casi paternales hicieron derramar á todos lágrimas de alegría, enterneciendo al mismo que hablaba. Durante algunos momentos oyóse un murmullo de aprobación; todos los griegos se exhortaban mutuamente á grabar en el fondo de sus pechos aquellas palabras tan sagradas para ellos como las de un oráculo. En seguida se restableció el silencio y Quincio les pidió que hiciesen buscar todos los ciudadanos romanos que se encontrasen en esclavitud entre ellos, y que se los envjasen antes de dos meses á Tesalia. «Sería deshonesto para ellos, añadió, guardar como esclavos en un país libre á los que le habían libertado.» Contestáronle con exclamaciones «que había conquistado nuevos títulos al agradecimiento de los griegos al recordarles un deber tan sagrado é imprescindible.» En efecto, existía multitud de prisioneros hechos durante la guerra púnica y vendidos por Anníbal, porque el Senado no los había rescatado. Demuestra su considerable número lo que dice Polibio: que costó su rescate cien talentos



á los aqueos, á pesar de haberse fijado en quinientos dineros por cabeza. La Acaya rescató doscientos á este precio. Por esta proporción puede calcularse los que probablemente habría en toda la Grecia. No se había disuelto aún la asamblea cuando vieron bajar la guarnición de Acrocorinto, marchar directamente á la puerta de la ciudad y salir. El general la siguió á poco, acompañándole todos los legados, que le proclamaban su salvador y libertador. Recibió sus saludos, les despidió y regresó á Elacia por el camino que había seguido al marchar á Corinto. Desde Elacia hizo marchar á su legado Ap. Claudio al frente de todo su ejército, con orden de llevarle á Orico por la Tesalia y el Epiro y de esperarle allí, porque era el punto donde quería embarcarse para Italia. Escribió también á su hermano, el legado L. Quincio, que mandaba la flota, para que reuniese en aquel puerto, desde todos los de la Grecia, sus naves de transporte.

Él mismo marchó á Calcis, retiró la guarnición, así como también las de Orea y Eretria, y celebró una asamblea de las ciudades eubeas. Recordóles la situación en que encontró la isla y cómo la dejaba al partir, y en seguida disolvió la reunión. De allí pasó á Demetriades, que también mandó evacuar, y seguido, como en Corinto y en Calcis, por la población en masa, tomó el camino de Tesalia. Allí no solamente tenía que libertar ciudades, sino que tenía también que sustituir al desorden y anarquía una forma de gobierno tolerable. Tenían por causa las turbulencias de la Tesalia, además de la dureza de los tiempos y de la violencia ó despotismo de los reyes, el carácter levantisco de la nación, que, desde los tiempos más antiguos hasta nuestros mismos días, jamás ha podido reunirse en comicios, en asambleas generales ó particulares, sin que estalle alguna sedición ó desorden. Quincio nombró jue-

ces y un Senado, tomando principalmente el caudal por base de la elección, y concedió en la ciudad la mayor influencia á aquella parte de ciudadanos más interesada en mantener el orden y la paz pública.

Después de organizar de esta manera la Tesalia, marchó por el Epiro á Orico, donde debía embarcarse. De Orico hizo pasar todas sus tropas á Brindis, y desde esta ciudad hasta Roma, su marcha á través de la Italia fué una especie de triunfo, viéndose un número de cautivos y despojos casi tan grande como el mismo ejército. Cuando llegó á Roma, el Senado le concedió audiencia fuera de la ciudad para que relatase los hechos que había realizado, y obtuvo sin oposición el triunfo que tanto había merecido. La pompa duró tres días. En el primero presentó las armas, los venablos, las estatuas de bronce y de mármol, arrebatadas en su mayor parte á Filipo, más bien que á las ciudades conquistadas. El segundo, el oro y la plata labrada, en moneda ó en lingotes. Había diez y ocho mil libras de plata en lingotes, y doscientas setenta labrada; estos, vasos de todas clases en considerable número, casi todos cincelados, y de los que algunos eran obras maestras, muchos trabajos de bronce y diez escudos de plata. En plata acuñada se contaban ochenta y cuatro mil piezas antiguas, llamadas tetradracmas, de las que cada una pesa próximamente tres dineros; de oro tres mil setecientas catorce libras, un escudo macizo y catorce mil quinientos catorce filipos. En el tercer día presentaron las ciento catorce coronas de oro regaladas por las ciudades. Delante del carro marchaban las víctimas, después multitud de prisioneros y rehenes distinguidos, entre los que se encontraba Demetrio, hijo del rey Filipo, y el lacedemonio Armeno, hijo del tirano Nabis: últimamente venía Quincio, montado en su carro y seguido de sus soldados, que formaban considerable cor-



tejo, porque había traído de la provincia todo su ejército. Hizo distribuir doscientos cincuenta ases á cada peón, doble á cada centurión y triple á cada jinete. Mucho realzó el brillo de este triunfo la presencia de los prisioneros rescatados de la esclavitud, que seguían á la carroza con la cabeza afeitada.

Al terminar el año, el tribuno de la plebe Q. Elio Tuberon propuso al pueblo, en virtud de un senatus-consulto, y un plebiscito autorizó el establecimiento de dos colonias latinas, una en el Brucio y otra en el campo Thurino. Con este motivo se crearon triunviros, con autoridad que debía durar tres años: para la colonia del Brucio, á Q. Nevio, M. Minucio Rufo y M. Furio Cassipes; para la del campo Thurino, Cn. Manlio, Q. Elio y L. Apustio. Estas dos comisiones se nombraron en comicios que reunió en el Capitolio el pretor urbano Cn. Domicio. En este año se dedicaron muchos templos á los dioses: uno á Juno Sospita, en el mercado de las legumbres; éste había sido votado cuatro años antes, durante la guerra de la Galia, y construido por el cónsul C. Cornelio, que lo dedicó como censor: otro al dios Fauno; había sido construido dos años antes con el producto de las multas por el edil C. Scribonio y su colega Cn. Domicio, quien lo dedicó como pretor urbano. Dedicóse también un templo á la Fortuna Primigenia, en el monte Quirinal, por Q. Marcio Rala, nombrado duunviro para este efecto. El voto de elevarlo lo había hecho diez años antes, durante la guerra púnica, y lo mandó construir siendo censor. El duunviro C. Servilio dedicó uno á Júpiter en la isla del Tíber; este templo había sido votado seis años antes, durante la guerra de la Galia, por el pretor L. Furio Purpúreo, que también mandó construirlo siendo cónsul. Estos fueron los acontecimientos del año.

P. Escipión dejó su provincia de la Galia y regresó á

Roma para la elección de cónsules. Celebró los comicios consulares y resultaron nombrados L. Cornelio Merula y Q. Minucio Thermo. Al día siguiente eligieron pretores á L. Cornelio Escipión, M. Fulvio Nobilior, C. Scribonio, M. Valerio Messala, L. Porcio Licino y C. Flamínio. C. Atilio Serrano y L. Scribonio Libo, ediles curules, hicieron representar por primera vez los juegos megalésicos, unidos con los escénicos. Por primera vez también en los juegos romanos que dieron tuvieron los senadores puestos distintos que el pueblo, novedad que, como siempre sucede, hizo hablar mucho. Decían unos que al fin se había concedido al primer orden del Estado un privilegio que debía haber tenido hacía mucho tiempo; otros observaban que todo lo que se aumentaba á la consideración del Senado, lo tomaban de la dignidad del pueblo; que aquellas distinciones que se establecían entre los órdenes, alteraban su misión y atacaban la libertad. «Desde quinientos cincuenta años antes, decían, habían estado confundidos los puestos de los espectadores. ¿Qué había sucedido de pronto para que los patricios no quisiesen encontrarse ya en el anfiteatro al lado de los plebeyos? ¿Por qué desdeñaba el rico la proximidad del pobre? Era un capricho nuevo é injurioso, del que ni siquiera habían tenido idea los senadores de ninguna otra nación y que jamás había sido satisfecho.» En fin, el mismo Escipión el Africano, que había aconsejado aquella innovación durante su consulado, dicese que experimentó grave disgusto. Tan cierto es que los cambios de las costumbres establecidas rara vez consiguen la aprobación. Prefiérense los usos antiguos, á menos que la experiencia haya demostrado que son dañosos.

Al comenzar el año en que L. Cornelio y Q. Minucio entraron en funciones, se dió cuenta de tantos terremotos, que al fin se cansaron todos de aquellas noticias y



de las ferias ordenadas por causa de ellas. Los cónsules no podían ni presidir el Senado ni ocuparse de los asuntos públicos, empleando todo el tiempo en sacrificios y expiaciones. Al fin se mandó á los decenviros que consultasen los libros sibilinos, y por su contestación, se celebraron tres días de rogativas. Los romanos fueron con coronas en la cabeza á rogar ante los altares, habiéndose mandado que todos los individuos de la misma familia se reuniesen para este piadoso deber. Los cónsules prohibieron además, por orden del Senado, que se diese cuenta de ningún terremoto el día de alguna fiesta decretada en expiación de otro acontecimiento igual. En seguida se procedió á la distribución de las provincias por sorteo, primero entre los cónsules y después entre los pretores. Cornelio recibió la Galia; Minucio, la Liguria; C. Scribonio, la jurisdicción urbana; M. Valerio, la de los extranjeros; L. Cornelio, la Sicilia; L. Porcio, la Cerdeña; C. Flaminio, la España anterior, y M. Fulvio la España ulterior.

Esperaban los cónsules no tener guerra alguna este año, cuando recibieron una carta de M. Cincio, que mandaba en Pisa; decía que veinte mil ligurios habían tomado las armas, á consecuencia de una conspiración general todos los pueblos del país, que habían talado primeramente el territorio de Luna, y que habiendo entrado en seguida por tierras de Pisa, habían recorrido toda la costa. El cónsul Minucio, encargado de la provincia de Liguria, subió á la tribuna con el beneplácito del Senado, y mandó á las dos legiones arbanas, alistadas el año anterior, que se encontrasen antes de diez días en Arrecio, declarando que las reemplazaría levantando otras dos legiones. Invitaba igualmente á los aliados del nombre latino, á los magistrados y á los legados de aquellos que debían suministrar auxiliares que acudiesen con él al Capitolio. Pidióles quince mil infantes y

quinientos caballos, regulando el contingente de cada ciudad por el número de jóvenes; al salir del Capitolio les hizo marchar directamente á las puertas, y les encargó que partiesen en el acto para apresurar las levadas. Concedióse á Fulvio y á Flaminio, para completar las fuerzas, cinco mil peones y doscientos caballos que suministraron los aliados del nombre latino, y se mandó á los dos pretores que licenciasen las tropas veteranas en cuanto llegasen á España. Los soldados de las legiones urbanas se presentaron en tropel á los tribunos del pueblo para sostener el derecho que les asistía por haber cumplido su tiempo de servicio ó por sus enfermedades, y no se les obligase á partir. Pero una carta de T. Sempronio puso fin á sus reclamaciones. Decía que dos mil ligurios habían entrado á sangre y fuego por territorio de Placencia, llegando hasta las murallas de la colonia y las orillas del Pó, y que los boyos estaban también á punto de sublevarse. Ante estas noticias, el Senado decretó que había tumulto y que no autorizaba á los tribunos para que se ocupasen de las exenciones que presentaban los soldados. Invitaba además á los aliados del nombre latino que habían servido bajo P. Cornelio y T. Sempronio, y que estos cónsules habían licenciado, á que marcharan á la Etruria en el día y al punto que les designase el cónsul L. Cornelio. Este magistrado recibió orden de levantar, al dirigirse á su provincia, en todas las ciudades y campos que se encontraban á su paso, el número de soldados que considerase necesario, armarlos y llevarlos consigo; dejándole libertad para licenciar á los que quisiese y cuando quisiese.

Cuando terminadas las levadas partieron los cónsules para sus provincias, T. Quinceio pidió al Senado se dignase escuchar la relación de las medidas que había decretado, de acuerdo con los diez legados, y las ratificase



si las creía convenientes. Declaró que, para hacerlo con conocimiento de causa, sería conveniente escuchar á los legados de toda la Grecia, de la mayor parte de Asia y de muchos reyes. El pretor urbano C. Scribonio introdujo aquellas legaciones en el Senado, que las recibió con agrado. La desavenencia que se tenía con Antioco, por ser más larga que las otras, la remitieron á la decisión de los diez comisarios, que habían visto á aquel rey en Asia ó en Lisimaquia. Invitóse á T. Quincio á que se uniese con ellos, para que escuchase las proposiciones que hicieran los legados del rey, y se le encargó diese contestación conforme con la dignidad y conveniencia del pueblo romano. Figuraban al frente de la legación real Menipo y Hegesianax, llevando la palabra el primero. «Ignoraba, dijo, qué obstáculos podía encontrar su misión, cuando solamente había venido para solicitar la amistad del pueblo romano y ajustar alianza con él. Tres clases de tratados habían por los que podían unirse los reyes y las repúblicas: era el primero las leyes que el vencedor dictaba al vencido; en este caso, el que había triunfado, convertido en árbitro de los destinos de los vencidos, regulaba como señor soberano lo que quería dejarles y lo que les quitaba. El segundo tenía lugar entre dos enemigos que no habiendo conseguido ventajas el uno sobre el otro, trataban de la paz y ajustaban alianza bajo el principio de la igualdad; en este caso, ambas partes se devolvían sus conquistas y entraban, según sus antiguos derechos y privilegios, en posesión de todo lo que les había arrebatado la guerra, ó convenían amistosamente en arreglo. El tercero, en fin, tiene lugar entre dos potencias que sin haber sido enemigas jamás se unen conlazos de amistad y con tratado de alianza; en este caso no se trata de dictar ni de recibir leyes como entre vencedores y vencidos. Esta era precisamente la posición y

de Antioco, por cuya razón le asombraba que los romanos quisieran dictarle leyes y designarle las ciudades de Asia, cuyas libertades y franquicias exigían, las que solamente sometían á tributo, y aquellas, en fin, en que prohibían la entrada al rey y á sus guarniciones. Habían podido sin duda imponer la paz á Filipo, enemigo de Roma; pero no debía ajustarse así un tratado de alianza con Antioco, que era amigo.

A todo esto contestó Quincio: «Puesto que os agrada hacer distinciones y enumeráis las diferentes clases de tratados, á mi vez voy á daros á conocer dos condiciones, sin las cuales, decidlo á vuestro señor, no puede esperarse alianza ninguna con el pueblo romano: es la primera que si desea que cese toda nuestra intervención en los asuntos del Asia, renuncie por su parte á toda mira sobre Europa; la segunda, que si no se encierra en los límites del Asia y pasa á Europa, deja á los romanos derecho para mantener las alianzas que tienen ya en Asia y para contratar otras nuevas.» Hegesianax dijo en seguida «que no podía escucharse sin indignación que se prohibiese al rey Antioco visitar las ciudades de la Tracia y del Quersoneso, que tan gloriosamente conquistó su bisabuelo Seleuco, después de la derrota y muerte del rey Lisimaco, y recobradas después de los tracios, que se habían apoderado de ellas, ó repobladas con no menor gloria por Antioco, que habían llevado habitantes á ellas y reedificado con grandes gastos los edificios arruinados ó destruidos por el incendio. ¿Era igual despojar á Antioco de aquellas posesiones, de tal manera recobradas, que cerrar el Asia á los romanos, que jamás habían poseído nada en ella? Antioco buscaba la amistad de los romanos, pero quería obtener un tratado honroso y no condiciones humillantes.» Quincio replicó: «Puesto que se trata de honor, y este debe ser la única, ó al menos la principal regla»



de conducta para el primer pueblo del mundo, como para aquel preclaro monarca, ¿qué es más honroso exigir: la libertad de todas las ciudades griegas, en cualquier país donde se encuentren, ó querer someterlas á la esclavitud y al tributo? Si para Antioco es título de gloria volver á colocar bajo su yugo ciudades que el derecho de la guerra había dado á su bisabuelo, pero que ni su abuelo ni su padre pensaron jamás en reivindicar como propiedad suya, los romanos creen también interesadas su constancia y buena fe en no abandonar el patronato de la libertad griega, del que se han complaceado en encargarse. De la misma manera que han libertado la Grecia de las cadenas de Filipo, quieren libertar también del yugo de Antioco las ciudades griegas del Asia. No se han enviado colonias á la Etolia y la Jonia para que sean esclavas de los reyes, sino para aumentar la población griega y propagar por toda la tierra el nombre del pueblo más antiguo.»

Hegesianax quedó vacilante, no pudiendo negar que la causa de la libertad fuese más honrosa que la de la esclavitud. «¿A qué todos esos rodeos? exclamó al fin P. Sulpicio, el más anciano de los diez comisarios. Elige una de las dos condiciones que con tanta claridad acaba de proponer Quinceio, ó cesad de hablar de alianza.» Menipo dijo entonces: «Nosotros no podemos aceptar ningún pacto que desmembre los estados de Antioco.» A la mañana siguiente presentó Quinceio en el Senado todas las legaciones de la Grecia y del Asia, y para darles á conocer las disposiciones del pueblo romano y las de Antioco con relación á las ciudades griegas, expuso las condiciones que había propuesto á los embajadores y las pretensiones del rey. Encargóles, pues, anunciar á sus conciudadanos que el pueblo romano sabría mostrar para defender su libertad contra Antioco, si se negaba á abandonar la Europa, el

mismo valor y la misma buena fe que había desplegado contra Filipo. Entonces exhortó Menipo á Quinceio y al Senado para que no adoptasen apresuradamente una determinación que iba á conmover al mundo; que tomasen ellos mismos y concediesen á su señor tiempo para reflexionar. Aseguró que Antioco meditaría gravemente cuando conociese las condiciones, y que sin duda obtendría algunos cambios, ó que cedería por la conservación de la paz. En vista de esto, todo quedó aplazado; y se decidió enviar en legación al rey los mismos varones que habían ido á verle en Lisimaquia: P. Sulpicio, P. Vilio y P. Elio.

Apenas habían partido cuando llegaron legados cartagineses anunciando que Antioco, impulsado por Aníbal, se preparaba gravemente para la guerra. Temiase que al mismo tiempo se renovase la guerra púnica. Arrojado Aníbal de su patria, habíase refugiado, como antes dijimos, en la corte de Antioco, donde gozaba de la alta estima de aquel príncipe. Su influencia se había consolidado, porque, preocupado el rey desde muy antiguo con sus proyectos hostiles á los romanos, no podía consultar con capitán más famoso. Aníbal manifestaba siempre la misma opinión. «El teatro de la guerra debía ser Italia, donde un enemigo extranjero encontraría víveres y soldados. Si no se procuraba sublevarla, si el pueblo romano era libre para hacer la guerra fuera de Italia, con las fuerzas y recursos de este país, no había rey ni pueblo en estado de resistir sus ejércitos. Pedía que le confiaran cien naves cubiertas, diez mil infantes y mil caballos. Con esta flota se dirigiría primeramente al Africa, con grandes esperanzas de sublevar á los cartagineses. Si vacilaban, abordaría á cualquier punto de Italia para promover allí la guerra contra los romanos. El rey, con el resto de sus tropas, debía trasladarse á Europa, acantonarse en cual-



quier punto de la Grecia, y, sin pasar á Italia, estar siempre preparado para la travesía, lo que debía bastar para mantener la alarma de los romanos con el temor de la guerra.»

Después de hacer adoptar sus planes al rey, quiso asegurarse de las disposiciones de sus conciudadanos; pero no se atrevió á escribirles, por temor de que interceptasen su carta y descubriesen sus proyectos. Sirvióse, pues, de un tal Aristón, de Tiro, á quien encontró en Éfeso y cuya destreza había reconocido en asuntos poco importantes. A fuerza de regalos y promesas, garantizadas por el mismo rey, le decidió á llevar sus instrucciones á Cartago; nombróle todos aquellos á quienes era necesario ver, y le enteró además de señas particulares de reconocimiento que no dejarían duda alguna acerca de su misión. Apenas llegó Aristón á Cartago cuando quedaron enterados de los motivos que le llevaban, tanto los amigos como los enemigos de Aníbal. Al principio se habló mucho en las reuniones y banquetes; después dijo un día uno en el Senado «que nada se había ganado con el destierro de Aníbal, si su alejamiento no le impedía intrigar y tratar de corromper á los ciudadanos para turbar la paz pública; que un extranjero, un tal Aristón, de Tiro, se encontraba en la ciudad con instrucciones de Aníbal y del rey Antíoco; que ciertos hombres celebraban diariamente con él conferencias secretas y que tramaban en la obscuridad una conspiración que estallaría muy pronto y causaría la pérdida de la república.» Toda la asamblea exclamó «que era necesario llamar á Aristón, interrogarle acerca de los motivos de su venida, y si se negaba á contestar, enviarle á Roma con los legados; que ya habían pagado demasiado cara la temeridad de un solo hombre; que en adelante cada cual debía expiar sus faltas personales, y que era indispensable poner á la república

ca al abrigo de toda censura y hasta de toda sospecha de crimen.» Aristón se presentó ante el Senado con tranquilidad y se justificó fácilmente, diciendo que no había traído ninguna carta á nadie. Sin embargo, no explicó suficientemente su presencia en Cartago, siendo su mayor apuro la acusación de no haber visto más que individuos del partido barcino. Entonces dió una contestación muy viva: algunos senadores querían que le prendiesen como espía y le pusiesen bajo custodia; otros sostenían que no había causa para tanto ruido, diciendo «que era dar muy mal ejemplo detener sin pruebas á un extranjero. Los cartagineses quedarían expuestos á iguales ultrajes, bien en Tiro, bien en los demás mercados, á los que acudían en tanto número.» Aplazóse el asunto para el día siguiente, y Aristón se burló de los cartagineses empleando contra ellos sus propias armas, el artificio: al cerrar la noche, colocó anuncios en el tribunal donde se reunían los magistrados, y en los parajes más frecuentados de la ciudad; hecho esto, á la tercera vigilia se embarcó y huyó. A la mañana siguiente, cuando llegaron los sufetas á ocupar sus asientos para administrar justicia, vieron aquellos anuncios, mandaron descolgarlos y se enteraron de ellos. Decíase en aquellas tablillas que Aristón no había llevado instrucciones particulares para ningún ciudadano, sino que sus órdenes se dirigían á todo el cuerpo de los ancianos (nombre que se da al Senado de Cartago). Esta acusación, que era general, obligó á suspender los procesos comenzados contra algunos ciudadanos, pero se decidió enviar á Roma una legación encargada de enterar á los cónsules y al Senado y al mismo tiempo para quejarse de los ataques de Masinissa.

Viendo Masinissa que los cartagineses estaban desacreditados en el concepto de los romanos y divididos entre sí, puesto que los grandes habían despertado las